

EL COMLOT EN EL PODER

**DONATELLA
DI CESARE**

TRADUCCIÓN DE
FRANCISCO AMELLA VELA

ensayo sextopiso



Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o
almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Il complotto al potere

Copyright © GIULIO EINAUDI EDITORE S.P.A., TORINO, 2021

Primera edición: 2023

Traducción

© FRANCISCO AMELLA VELA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2023

América, 109,

Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

Sexto Piso España, S. L.

Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sexto piso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

GRAFIME

Impresión

COFÁS

ISBN: 978-84-19261-35-9

Depósito legal: M-338-2023

Impreso en España

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari
Esterni e della Cooperazione italiano

Este libro se ha publicado con una subvención a la traducción concedida por
el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación italiano

¿QUIÉN MANEJA LOS HILOS?
EN LOS ABISMOS DE LA INTRIGA

Unos pocos caracteres, y el mensaje subido a Twitter se difunde, rápido e indeleble, por el espacio planetario de la red. Los seguidores retuitean, los que están a favor reenvían. El tuiteo, a primera vista inocuo, expresa una duda, plantea una pregunta. «#5G Cómo protegerse de las ondas perjudiciales y las señales nocivas», «#Bigpharma Quién se beneficia de las vacunaciones masivas». Las objeciones van a la zaga del tuiteo, las réplicas van tras él en vano, al tiempo que la sospecha se insinúa y el temor se difunde. Ya no se necesita un relato, bastan unos pocos caracteres para propagar las voces del complot.

En el siglo XXI, el fenómeno ha alcanzado tales proporciones que se habla, cada vez más, de edad de oro del «complotismo». No hay acontecimiento inesperado que no provoque un estremecimiento de desconfianza: desastres medioambientales, ataques terroristas, migraciones imparable, descalabros económicos, conflictos explosivos, reveses políticos. En medio del estupor y la indignación, estalla el pánico y crece la fiebre complotista. ¿Quién hay detrás? ¿Quién maneja los hilos? ¿Quién ha organizado aquella trama? Se busca a los responsables de catástrofes, penurias, guerras, desigualdades; como también de

los miles de atropellos y abusos, de la falta de ética, del malestar difuso, de la infinita pérdida de sentido.

El complotismo es la reacción inmediata a la complejidad. Es el atajo, la vía más sencilla y rápida para dar con la solución a un mundo que se ha vuelto ilegible. Recurre al complot quien no soporta la inquietud, la pregunta abierta. Quien no tolera vivir en un paisaje cambiante e inestable ni acepta la extrañeza. Se muestra incapaz de reconocerse, junto a los demás, expuesto y vulnerable, desprotegido; aunque, por ello mismo, también más libre y más responsable.

Desvelar, desenmascarar, *demistificar*: la omnipotencia explicativa del complot no deja tras de sí misterios sin resolver ni enigmas sin descifrar. Lo que carecía de respuesta por fin se explica gracias a la evidencia del complot. Ahí está la solución. En el mundo salido de las sombras resulta posible distinguir de manera nítida lo blanco de lo negro, la luz de la oscuridad, el bien del mal. El prisma del complot restablece un escenario tranquilizador, rígidamente maniqueo.

Por eso sería un error considerarlo como una excentricidad de sectores aislados, una pejuguera de la subcultura, el residuo de una mentalidad prelógica o una superstición obstinada. El complotismo no es un reflujo de un pasado que no pasa, el retorno de un viejo espectro cuya desaparición aguardamos confiados. En esto muestra afinidad con fenómenos estrechamente correlacionados, como el negacionismo, el antisemitismo o el racismo. Es más, puede decirse

que tal prisma es un espejo de este tiempo. Si los relatos complotistas pueden jactarse de un éxito enorme, si influyen en la opinión pública de manera profunda, es porque comparten exigencias corrientes y movilizan aspiraciones comunes.

Fenómeno de los márgenes, pero en absoluto marginal, el complotismo atrae a quienes se sienten víctimas del caos presente y del futuro angustioso, condenados a una impotencia frustrante, reducidos a simples comparsas en los «juegos de la política». Por eso, si antes era cosa de aficionados, ahora tiene dimensiones de masa y aparece de forma creciente como una manera ordinaria de ser, de pensar, de actuar.

Los numerosos estudios sobre el tema —los *conspiracy studies*, que en los últimos años se han multiplicado— retoman las investigaciones iniciadas el pasado siglo, las desarrollan y las integran.* En su planteamiento se deja sentir el juicio negativo corriente, y su actitud oscila entre la ironía indulgente y la reprobación más severa. En términos generales, las líneas interpretativas son dos: el complotismo es visto o como una patología psíquica o como una anomalía lógica. En el primer caso se asciende hasta los recovecos oscuros de la mente, donde una camarilla de microscópicas neuronas, siempre a punto para

* Entre los nombres de los pioneros hay que recordar, en particular, los de Norman Cohn, Leo Löwenthal, Richard Hofstadter, Serge Moscovici, Raoul Girardet, Léon Poliakov.

urdir complots, tendería infinitas trampas al pensamiento, empujándolo a reforzar una disposición innata y peligrosa, proclive a la degeneración.¹ En el segundo, en cambio, se va a la lógica de los enunciados complotistas, es decir, a las propuestas falsas y alteradas, en definitiva, a las *fake news*, que se propagan en la época de la «posverdad».² En ambos casos el abordaje que predomina es el normativo. Al presunto complotista habría que orientarlo hacia una reeducación cognitiva para corregir las distorsiones de su razonamiento. Si no, convendría someter sus enunciados a la práctica del *debunking*, es decir, de la refutación que saque a la luz su falta de lógica y su falsedad. Sin embargo, pese a todos los esfuerzos, ninguna de esas dos terapias funciona y, entretanto, la oleada complotista aumenta.

O delirios o mentiras. Una estigmatización semejante es, además de ineficaz, contraproducente. Como siempre, la sanción policial del pensamiento y la denuncia inquisitorial sirven de poco. Viene afianzándose, desde hace algún tiempo, una vulgata anticomplotista que, reclamando para sí la posesión de la verdad, ridiculiza y deslegitima las teorías consideradas desviadas,* irracionales, nocivas.

* En el texto, especialmente cuando el complotismo es puesto en relación con actitudes que pueden ser juzgadas como faltas de razón, se emplearán el adjetivo «desviado» y el sustantivo «desviación», que deben tomarse en la acepción que les es propia, por ejemplo, en la sociología de la desviación, y que

Pero este planteamiento polémico y patologizador, que descalifica toda crítica a las instituciones, no hace más que confirmar a cada cual en su papel, agravando así una fractura cada vez más profunda: por un lado, quienes, tachados de complotistas, se reivindicaban como antisistema; por el otro, quienes, por recurrir a los cánones de su razón, son acusados de apoyar la ideología dominante. En pocas palabras: el anticomplotismo simplista se arriesga a reforzar la divergencia entre «verdad oficial» y «verdad oculta», impidiendo la comprensión de un fenómeno complejo y poliédrico. El complotismo no es un espasmo mental ni un argumento falaz, sino un problema político. Conciérne menos a la verdad que al poder. Resulta extraño que, a pesar de la amplia reflexión al respecto, justo su nudo decisivo no se haya captado: el que liga complot y poder.

Quien contesta la versión oficial apunta a aquellos que detentan saber y poder. La desconfianza hacia la política, las instituciones, los medios o los expertos se convierte en desaprobación sistemática y sospecha sin fin. Si bajo el cielo contaminado de la globalización se multiplican los acontecimientos catastróficos, si el mundo parece entregado a un caos irrefrenable, es a causa de la «casta», las «oligarquías»,

traducen el término italiano *devianza* y sus derivados. No se emplean como términos peyorativos, salvo en aquellos casos en los que el texto lo requiere. [N. del T.]

las «finanzas internacionales». Es necesario aguzar la mirada y desvelar los planes ocultos del «Nuevo Orden Mundial». Contra un poder sin rostro, ¿cómo podría darse jamás una revuelta? La admisión tácita de esta impotencia va de la mano de un resentimiento oscuro, una rabia explosiva y la exigencia improrrogable de desenmascarar el Complot que está en el poder. En la galería de los espejos del complotismo son siempre los demás quienes conspiran, y quien acusa no buscaría sino defenderse. Se alude a las «fuerzas ocultas», a los «poderes fácticos», en nombre de una teoría política que en la gobernanza ve un complot y que, por ello mismo, se entrega a una estrategia y una práctica de contrapoder concebido necesariamente como contracomplot. Los «débiles» no dispondrían de otra forma de resistencia contra los «amos del mundo».

El complotismo expresa un malestar difuso, manifiesta una desazón profunda. No es una mera señal de oscurantismo, sino una señal oscura. Pone al descubierto la crisis que agita la democracia contemporánea. ¡Cuántas promesas no cumplidas! ¡Cuántas esperanzas traicionadas! ¡Qué significa, si no, esa palabra, más que «gobierno del pueblo», tanto tiempo esperado? Y, sin embargo, como por una triste burla, el pueblo soberano no se siente soberano de verdad. El poder parece retraerse, amenazado por ese otro poder incontrolable, el del Complot. No se trata solo de una sospecha. El poder democrático parece

ilusorio. Cambian los gobiernos, se alternan los partidos, pero en verdad nada se transforma. El que perdura es el «Estado profundo», ese poder institucional que se mantiene intacto y se perpetúa gracias a castas, *lobbies*, bancas, dinastías, grupos mediáticos. ¡He ahí quién maneja los hilos, de manera más o menos secreta, he ahí el fundamento y el principio del verdadero poder!

Pero que hayan sido presidentes y jefes de gobierno quienes, en fechas recientes, han apuntado al *Deep State* y han pregonado el complot debería hacer reflexionar. No se trata solo de un expediente para sustraerse a toda responsabilidad de gobierno, ni tampoco únicamente de una acción de defensa geopolítica. El «Estado profundo» se convierte en la consigna para confirmar de manera taimada el tormento al que se ha arrojado el entusiasmo democrático. Se insinúa que la democracia está vacía de todo valor; más aún, que no es más que una «farsa». La duda complotista converge aquí con una cierta visión populista de la soberanía del pueblo reducida a remedeo de los «poderes fácticos».

¿Es posible que la democracia sea solo lo que se muestra? El «lugar vacío»* del poder democrático se antoja, justamente, demasiado vacío. Y el complot renueva la idea arcaica de un poder absoluto

* Sobre el «lugar vacío» de la democracia, véase la sección «Democracia y poder», y en particular las notas 12 y 13. [N. del T.]

incompatible con la democracia. Pero quizá el complot sea precisamente la máscara del poder en la era del poder sin rostro. Entonces, lo que se necesita es, más bien, desenmascarar este dispositivo arcaico que empuja a suponer un *arché*, un principio y un mandato que la democracia debería haber destituido hace ya tiempo.

LA POLÍTICA Y SU REINO DE SOMBRAS

En el mundo se cuentan por millones quienes creen que los políticos no son más que marionetas en manos de fuerzas ocultas. No todo es lo que parece. Detrás de la realidad aparente y engañosa se oculta otra, más auténtica y verdadera. Este desdoblamiento de la realidad, esta dicotomía entre exterior e interior, superficie y profundidad, que casi recuerda el mito platónico de la caverna, caracteriza la metafísica política contemporánea.

Si quienes se mueven en ese reino de sombras al que se hace pasar por realidad son fanteches manipulados, simulacros ilusorios, hay que preguntarse dónde se esconden los titiriteros. ¿Quién hay detrás? ¿Quién gobierna a los gobernantes? ¿Quién maneja los hilos?

Tales preguntas, que de manera abierta aluden ya al complot, encaminan la sospecha hacia el lugar del poder y hacia el fundamento de la autoridad. Pero,

ante todo, de lo que se trata es de averiguar en manos de quién están. ¿Quizá en las de quienes ostentan un mandato jurídico, del cual estarían llamados a hacerse cargo? ¿O bien en las de otras instancias, que disponen, bajo mano, de un margen de maniobra mucho más amplio y de cuyas consecuencias no han de responder? Al tiempo que la realidad se desdobra, aflora la divergencia entre el poder oficial y el poder oficioso, el que está reconocido, pero es ficticio, y el que es ilegítimo, pero efectivo. Detrás de la fachada de la realidad aparente, con sus jerarquías, sus relaciones y sus principios, en los que la mirada ingenua quedaría detenida, otra realidad se disimula, más real y amenazadora, habitada por un poder que nadie habría sospechado que existiera; más aún, ni siquiera que fuera posible. Aquí es donde se mueven grupos cohesionados por vínculos familiares, relaciones personales, intereses económicos, aspiraciones políticas. Tal connivencia, carente de expresión jurídica, es un respaldarse y favorecerse —miradas bajas que asienten— en el ejercicio del poder. En esa penumbra, en medio de tramas, redes y lazos, opera el complot.

¿Qué fuerzas gobiernan la nación? ¿Cuáles dirigen el mercado? ¿Cuál es el rostro de los amos del mundo? ¿Quién determina el curso de la historia? Se busca a los responsables de las innumerables intrigas: banqueros, financieros, capitalistas; o bien anarquistas, subversivos, terroristas; inclusive

judíos, internacionalistas, cosmopolitas, potencias extranjeras. Las conjeturas son diversas.

Lo cierto es que el complotismo triunfa y, lejos de ser un asunto sectorial, aparece como un fenómeno global con dimensiones de masas. Los relatos complotistas están ya instalados en el espacio público. No se los puede considerar, como quiere un viejo estereotipo, la excentricidad de facciones extremistas. Constituyen, por el contrario, el caleidoscopio a través del cual la mayoría lee los sucesos del mundo. Nadie parece librarse.

La historia es larga y los ejemplos, innumerables. Mirando al pasado reciente, el más emblemático ha sido el del asesinato de John Fitzgerald Kennedy: la inmensa mayoría no cree la «versión oficial» y se suma a la hipótesis del complot. Oswald no puede haber sido el único que disparara. Deben de haber participado el Ku Klux Klan, la mafia, la CIA. La agencia de inteligencia, expresión maligna del poder estadounidense, es la culpable ideal desde hace ya tiempo; sus siglas son el sello con el que se cierra, por lo menos de manera provisoria, toda investigación. En algunos casos, el tiempo no ayuda a disipar las dudas. Así, cada vez son más en todo el mundo quienes consideran que los ataques del 11 de septiembre fueron el resultado de un «*inside job*» bien planeado, con una implicación directa del gobierno de los Estados Unidos. La lista de los complots podría alargarse. El alunizaje del Apolo 11 se filmó en un plató televisivo;

el cambio climático es un embuste de los científicos; Obama es un musulmán socialista llegado de Kenia; George Soros está a la cabeza del plan Kalergi para la «suplantación étnica» de los pueblos europeos; el coronavirus Sars-CoV-2, ideado en el Instituto de Virología de Wuhan, es un arma biológica de fabricación china; las vacunas, por su parte, son un recurso temible porque provocan patologías como el autismo. Las intrigas de Big Pharma son fuente continua de aprensión, al tiempo que las oscuras disposiciones del «Nuevo Orden Mundial» causan inquietud.

Vestigios de complots los hay por todas partes: en el aire que respiramos, envenenado por las estelas químicas; en el agua que bebemos, por adición de fluoruros; en la tierra, irremediabilmente contaminada. Y hay también un complot por descubrir en los vestigios e indicios aún no descifrados, del pasado tanto como del futuro. Aquello a lo que en general se presta fe no es más que una patraña, mientras que la verdad está en algún otro lugar. En definitiva, es necesario releer también la historia para desenmascarar aquellos complots cuyos efectos siguen activos. Y, ya se sabe, de las pistas falsas exitosas, la mayor sigue siendo aquel gran «mito» según el cual Adolf Hitler habría matado a seis millones de judíos.

El complotismo se extiende de la derecha más extrema a la izquierda más improbable. Pero es que, al margen de la vida política, es difícil encontrar un ámbito inmune al contagio del complot: de

la gobernanza económica a las cuestiones sanitarias, del contexto científico al universo eclesiástico, por no hablar de la historia.

La enorme difusión del complotismo, revalidada además por el proliferar de las noticias falsas, falseadas, se ve confirmada por libros, ensayos, películas, series de televisión, documentales de historia e investigaciones periodísticas, donde no es raro que incluso los análisis más meticulosos acaben por entremezclar ficción y realidad. La industria del complot puede alardear de éxitos planetarios, como la saga *Matrix*, muy comentada, o la serie *Expediente X*, en la frontera de lo real; así como superventas como *El código da Vinci*, de Dan Brown, perteneciente a una saga que recurre a viejos estereotipos antisemitas edulcorándolos. El interés por los asuntos complotistas traspasa, pues, las fronteras de la abundante literatura de género, es decir, tanto libros que proporcionan pruebas y contrapruebas de sucesos concretos, como las recopilaciones de los complots más famosos.³ Semejante diseminación puede explicarse como un auténtico juego de espejos, un efecto circular favorecido por el proliferar de los medios de comunicación y por la apertura del espacio ilimitado de internet, donde las ideas complotistas se propagan como mancha de aceite. Tal es el reino del nihilismo mediático, donde todos creen en cualquier cosa y nadie cree ya en nada.

LA ILEGIBILIDAD DEL MUNDO

Desde hace tiempo el espacio planetario ofrece el espectáculo de un caos inquietante. Transformaciones profundas, rápidas mutaciones, sucesos imprevistos escanden el ritmo acelerado de una época que, si prometía ser clara y distinta, más aún, transparente, se muestra en cambio en toda su escandalosa opacidad.

El mundo, englobado en el capital, caracterizado por el endeudamiento desmesurado y las desigualdades abismales, es un escenario inestable y confuso, recorrido por estallidos de cólera, agitado por una hostilidad difusa. La paz espectral se desliza hacia la guerra endémica, el amigo ha dejado de distinguirse del enemigo, todos los rostros parecen máscaras y todo parece ocurrir bajo bandera falsa.

Es la era de la incertidumbre. Aumenta el temor ante los riesgos que se multiplican, crece la ansiedad ante los acontecimientos incomprensibles que amenazan con desviar el curso de la historia, se agudiza la angustia frente a las señales que anuncian una catástrofe. La confianza vacila. A un primer estupor le sucede una fría indignación. Lo que ocurre desafía todo entendimiento con su insoportable absurdidad.

El mundo se manifiesta como ilegible. Su gramática es abstrusa; su sintaxis, escurridiza. Como si ya no se pudieran recuperar las conexiones internas, los lazos que antes parecían unir el todo. El mítico hilo secular, cuyo don habría recibido Teseo de

Ariadna para orientarse en el laberinto, está desgastado; más aún, ha quedado roto para siempre. Pero el drama contemporáneo presenta un rasgo paradójico, porque Teseo ya no reconoce las huellas que ha dejado tras de sí. Se diría que, después de tanto viajar, el camino se ha enrevesado hasta tal punto que a duras penas puede desandarse. Lo impenetrable ya no es la naturaleza, sino la historia humana, que se ha vuelto enigmática.

Todo ello sucede justo en el culmen de la globalización, cuando el mundo, conquistado, antropizado, tecnificado, se encuentra disponible, al alcance de la mano. El sujeto humano lo ha contemplado frente a sí y se ha forjado su propia visión del mundo, creyendo reconocerse a sí mismo y reconocer su propia historia.

Pero, de repente, ese sujeto que se consideraba amo del mundo, centro privilegiado del sistema, director de la trama, no sabe ya orientarse. Se extravía. Las conexiones desaparecen. La visión se disgrega. El planificador se sospecha planificado. El maniobrero se siente maniobrado.

El gran Libro de la Historia se ha vuelto un texto indescifrable. La legibilidad del mundo, en la que tantos filósofos insistieran, de Vico a Blumenberg, no parece más que un espejismo. Ya no podemos leer lo que nosotros mismos habíamos escrito. Deterioro, desgaste, simulación y engaño dificultan la lectura, impiden la exégesis. No se trata de la inevitable

variedad de interpretaciones. El mundo se ha desencuadrado. Y ya no se despliega, desde las páginas de aquel volumen compartido, en una dirección de sentido compartida.

El hilo del relato se ha quebrado, la trama se ha rasgado. No queda más que un enredo, un intrincamiento difícil de desliar. Y, aun así, tiene que poder darse con los nudos que todavía mantienen la urdimbre del tejido, los lazos recónditos que unen el todo. Bastará, pues, con buscarlos.

El mundo tiene un lado oculto, un trasmundo, un reino secreto que bulle de actividades clandestinas y operaciones encubiertas, en el que se trazan planes, se manipulan informaciones, se controlan pensamientos, se forjan convicciones. Es ahí, en ese intrincamiento oculto, en esa intriga, donde se sujetan con firmeza los hilos de una trama que, desde fuera, parece deshilachada. Lo parece, pero no lo está. Como por ensalmo, el mundo surgido de la sombra parece iluminarse con una claridad inédita. Por fin, todo se sostiene. Todo posee, nuevamente, un fundamento sólido y una causa nítida. Se sale del claroscuro del desorden global para llevar de vuelta esa oscuridad a las «fuerzas oscuras» que operan en el trasmundo. Todo se vuelve legible a través del prisma del complot.

El mundo caótico adquiere, de pronto, perfiles consistentes y precisos. Resulta posible recomponer el tejido del relato, restablecer el orden de su

interpretación. Recobra el hilo incluso quien creía aislada su propia vida, extraviada, injustamente entregada al olvido, terriblemente desligada del mundo, del que no era más que un efímero episodio. La idea del complot restablece un vínculo, por imaginario que sea, con otras vidas y con la Historia. He aquí, pues, cómo administrar el futuro sin que su desarrollo lineal se vea afectado. Así, se les puede incluso devolver a los acontecimientos un sentido global.

Los complotistas son nostálgicos de la legibilidad. Albergan la ilusión de poder explicarlo todo, conservan el sueño de una completa inteligibilidad de la Historia. No se resignan a ser espejos fragmentarios, cuya comprensión es limitada. Para ellos sigue siendo válida la pretensión del hombre ilustrado, quien, erigiéndose en espejo del pasado, cree poder leer el sinuoso movimiento hacia el futuro, aquel progreso en la consciencia de la libertad que Hegel señaló como la marcha de la Historia. En su irracional deseo de racionalidad, mantienen esta dirección y cultivan el espejismo de la total transparencia. Solo que, faltando ya la esperanza de otro cielo, escrutan las tinieblas, indagan en los meandros de la Historia para dar con las sendas diabólicas del Mal, que todavía ha de ser derrotado y expiado.

ENIGMAS Y MALENTENDIDOS

Es frecuente encontrarse con que el término «complot» esté usado como sinónimo de «conjura» o «conspiración». Como si fueran equivalentes solo por el hilo del secreto que los une y por la maquinación y la intriga sobre las que descansan. Animán el escenario las luchas de poder que se libran en la sombra, a resguardo de ojos indiscretos. Pero justamente al sacar a la luz las diferencias, considerando épocas históricas lejanas y regímenes políticos diferentes, se hace posible aclarar lo peculiar de cada uno de dichos términos.

En la base de la conjura encontramos el juramento, el pacto solemne de reserva y fidelidad, el vínculo que une a los protagonistas, un grupo reducido de individuos resueltos y dispuestos a todo. Es lo que nos indica el latino *coniurare*, constituido por el prefijo *cum*, que remite a la alianza, y por el verbo *iurare* que, pese a provenir de *ius, iuris*, no implica una unión conforme a derecho, sino que se refiere más bien al juramento privado. De Tucídides a Herodoto, de Plutarco a Tácito, de Suetonio a Salustio, la conjura puede presumir de una larga tradición en el Mundo Antiguo, como atestigua una vastísima literatura. La *coniuratio* latina es el calco del griego *sunomosía*. A nada se le teme más en la ciudad, ni siquiera a la revuelta o a la guerra civil. Porque la conjura deja transparentar muy pronto su potencial

desestabilizador. Al margen de sus planes, la figura del conjurado compromete y sobrepasa, aunque sea de manera simbólica, el juramento en que se basa la polis. Se abre ya la puerta al estado de excepción. Se jura en grupo, creando un vínculo alternativo, especular con respecto al poder constituido. Ligados por el pacto secreto, por proferir palabras que tienen valor jurídico-sacramental, los conjurados forman un grupo aparte, una facción, una hermandad.⁴

Durante siglos, la conjura conserva los rasgos peculiares de una forma de lucha política que, aun justificada por nobles ideales, no duda en servirse de la violencia para dismantelar el poder. Con puñal o veneno se llevan a cabo la muerte del tirano, la eliminación del poderoso de turno, el golpe de mano, la sedición, la reposición del gobierno legítimo, la vuelta a la libertad. Participando en una empresa despiadada y arriesgada, los conjurados son conscientes de que sacrifican sus vidas. Este recurso a una violencia sacrificial, purificadora y fundadora, capaz de inaugurar un orden *otro*, una nueva soberanía, encuentra a menudo legitimación en un espacio y un tiempo sacralizados. Es en la oscuridad del vestíbulo del palacio real o en la penumbra protegida de la iglesia donde actúan los sicarios, las más de las veces durante una celebración litúrgica o en el transcurso de una festividad. Así, en ese recinto sacro, el reo se absuelve a sí mismo y ennoblece su gesto nefando. Acto extremo de liberación,

la conjura puede acabar convertida, a su vez, en una efeméride.

Quizá nadie haya escudriñado con tanta profundidad y desencanto los rincones recónditos de la conjura como Maquiavelo, con quien esta se eleva a categoría política. Baste recordar que una parte de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (el capítulo VI del libro III) se publicó en París, en 1575, con el título de *Traité des conjurations*. En la compleja fenomenología que emerge de sus escritos, la conjura es tanto infame y temeraria como digna de consideración, por ser un acto político capaz de influir en los equilibrios de poder aun estando a menudo destinado al fracaso. Para Maquiavelo, implicado además en primera persona —por ejemplo, en una acción contra los Médici—, la conjura, gesto dramático que teatraliza ya la política, exaspera el conflicto involucrando al pueblo.

Y, de hecho, los conjurados acaban por salir al descubierto: tienen un nombre, un rostro, son individuos de carne y hueso, protagonistas de acontecimientos históricos concretos. No menos definido —encarnado en la figura del príncipe o del soberano— es el poder en el que se ha puesto la mira y que se quiere derribar, sustituir, conquistar. Podría decirse que Maquiavelo, en particular, traza una divisoria entre el escenario moderno de la conjura y ese otro, más contemporáneo, del complot; entre un poder bien identificable físicamente y una metafísica del

poder. No es casualidad que en el contexto democrático ya casi no se hable de conjura: solemne y áulica, va quedando, cada vez más, en el pasado.

También habría que distinguir el complot de la conspiración, por más que el influjo del inglés empuje a usarlos como términos equivalentes. Por lo demás, la *conspiracy* es motivo efectivo de imputación en diversos ordenamientos. Aun así, tampoco en este caso las diferencias son despreciables. Su vocabulario es el de la lucha política, y su campo semántico se articula a partir del latín. La palabra *conspiratio* viene de *cum* y *spirare*, que quiere decir, literalmente, respirar juntos, en armonía y acuerdo. Pero aquí no hay juramento ni vínculo sagrado. Se susurra con secretismo al de al lado, se musita al compañero, se concierta en voz baja una acción conjunta contra el poder constituido, el Estado, las instituciones. Aunada por un aliento común, la conspiración puede, asimismo, convertirse en revuelta. Por eso diccionarios y vocabularios no dejan de subrayar su timbre subversivo.

Lo confirma el sustantivo «conspirador», sinónimo de revolucionario. El secretismo de su conducta viene dictado por el poder represivo, al que no debe hacerse frente abiertamente. El conspirador de hoy es el insurgente de mañana. Su manera de actuar es ilegal, pero no ilegítima. Por eso aguarda el juicio de la posteridad. Esta figura dieciochesca y decimonónica, de contornos a menudo legendarios, que ha alimentado décadas de literatura, no ha recibido la

condena de la historia. No hay nada abyecto, indigno o despreciable en ser un conspirador. Baste pensar en los carbonarios, los adeptos de aquellas sociedades secretas, por lo común de tendencia democrática, que en el contexto europeo luchaban contra los regímenes monárquicos. Valga por todos el ejemplo de Filippo Buonarroti, el revolucionario italiano, convertido más tarde en ciudadano francés, amigo de Gracchus Babeuf, fiel a los ideales igualitario-comunistas, infatigable artífice de innumerables revueltas, emblema del conspirador. A él se debe la famosa *Conspiration pour l'Egalité, dite de Babeuf* (Conspiración por la Igualdad, llamada de Babeuf), de 1828, donde, tras la condena a muerte de Babeuf, al reconstruir los sucesos de aquella revuelta descubierta y denunciada antes de tiempo, reivindica la palabra «conspiración».⁵

Desde luego, nada impide que en la penumbra en la que se mueven soñadores, revolucionarios, anarquistas o agentes secretos, en ese «mundo que nunca existió», como lo ha llamado Alex Butterworth en su fascinante libro, las fronteras se difuminen y los papeles se inviertan.⁶

Pero, entonces, ¿qué es un complot? ¿Cómo se lo define? ¿Qué noción proponer? Los cultores y los entusiastas de las definiciones se llevarán una decepción. El mero intento de captar de una vez por todas la esencia del «complot», que es escurridizo y disimulado, está destinado a no verse satisfecho.⁷

Quizá la etimología, como en otros casos, podría ser de ayuda. De no ser porque en el origen se esconde más de un enigma. Lo cierto es que la palabra *complot* circula en el francés antiguo, a finales del siglo XII, con el valor de «multitud compacta». Por eso, en una forma femenina ya olvidada, tuvo que indicar concurrencia, masa indistinta, apiñamiento —como una línea durante la batalla—. En los albores de la modernidad, *complot* emigró desde el francés a otros idiomas: italiano, español, alemán, sueco, portugués, etcétera. Y en dicho tránsito ese significado más específico dio paso, poco a poco, al más abstracto de «entendimiento común entre varias personas». De la masa apretada al acuerdo, de la unión indistinta a la avenencia, de la cohesión de los cuerpos a la unión de las mentes.

Más ambiguos y aleatorios resultan otros indicios. Por ejemplo, el de una asonancia con *complot*, del latino *complex*, «cómplice», o de *cum-plicare*, «envolver, mantener junto». Pero hay también quien ha visto en «complot» el diminutivo de *comblé*, «colmado, lleno, atestado», del latín *cumulus*, que no solo quiere decir cúmulo, sino también «montón» o «congregación de personas». Algún etimólogo hay, en fin, que ha llegado a imaginar un verbo *com-peloter*: «complot» derivaría del juego de la pelota, así llamado a causa de la forma de la bola hecha de hilos de cuerda estrechamente entrelazados y recubiertos por un envoltorio. Diferentes rasgos del *complot*, desde

lo inextricable de sus hilos hasta su recubrimiento exterior, reaparecen en esta fantástica versión, de la que no hay pruebas.

Mucho más digna de crédito e interesante es la pista del inglés; lengua en la cual, a su llegada, *complot* encuentra el verbo *to plot*, «delinear un plan, trazar un diagrama». Se puede intuir, entonces, con facilidad la superposición y la sinergia entre los dos términos: un complot será, cada vez más, una unión con miras a un diseño, a un proyecto. Más aún, es este mismo plan secreto, la maquinación misma. El valor figurado se vuelve preponderante, cuanto más que *plot* significa entramado, trama de un relato. Desde su originario contexto bélico, el *complot* transita hacia el contexto narrativo, donde se sitúa de manera estable sin abandonar en ningún momento su acepción política.

Si en la conjura hay rostros y nombres —por eso a menudo han pasado a la historia—, el *complot* es una masa compacta e indistinta, una colectividad cuyas individualidades permanecen desconocidas, un conjunto sin nombre, un aglomerado sin rostro. El *complot* es esta entidad vaga y nebulosa, opaca y escurridiza. No hay juramento ni promesa solemne, ni tampoco aliento o aspiración común. Nada que recuerde un acuerdo explícito. Tan solo un revoltillo oscuro, un denso amasijo, donde apenas puede adivinarse la filigrana de una trama. El misterio planea sobre ese entramado, el enigma lo permea y lo

mantiene unido. Aquel «entendimiento» superior y oculto es tan impersonal que hace pensar en un inquietante engranaje autónomo.

He aquí, pues, el Complot o, mejor, el Poder. De hecho, en el mundo contemporáneo es así como se representa el poder: sin rostro y sin nombre, que domina en todo momento y lugar, que de ningún modo puede asirse; la red de órdenes automáticas, el primer jerárquico oculto, el dispositivo técnico-mediático que gobierna a escala planetaria.

A quienes se han quedado sin las fuerzas subversivas de otro tiempo, confundidos y desorientados por la oscuridad y la niebla, el complot se les aparece del lado opuesto de la barricada. Ya no conspiran, ya no ponen en su mira a las autoridades constituidas. Para estos potenciales complotistas, luchar contra el «poder oculto» ejercido por refinados guionistas o simples ejecutores significa desenmascararlo, buscar en esa intriga, pese a todo, un nombre y un rostro.

Así pues, el complotismo no deja intacto el «complot»; intensifica y expande su sentido.* Lo agrava con un añadido: el complot se vuelve global y permanente.

* Si los complotistas hace ya tiempo que han adquirido carta de ciudadanía en los diccionarios, el complotismo, nombre del nuevo fenómeno, se abre camino lentamente, no sin dificultades —que se deben, también, a las de su definición—. [N del T.: Lo mismo puede decirse en relación con el español; véase, al respecto, la entrada «complot» en el Diccionario panhispánico de dudas].

Algo más descaminada aparece la fórmula «teorías de la conspiración», que arraigó hace un par de décadas y se ha revelado fuente de infinidad de malentendidos. Se trata, evidentemente, de la traducción del inglés *conspiracy theories*, expresión introducida por Karl Popper en su libro de 1945 *La sociedad abierta y sus enemigos*, pero registrada en el Oxford Dictionary en 1909 y en circulación ya en 1870.⁸ Huelga subrayar que «teoría», lejos de conservar el rigor y la seriedad del modelo científico, tiene aquí valor peyorativo y designa una hipótesis fantástica, una mera habladuría, una creencia supersticiosa, una pseudoexplicación carente de fundamento. Pero, de esta manera, además de adoptar una actitud de censura, cediendo a un anticomplotismo superficial e ilusorio, se comete el grave error estratégico de reconducir las «teorías de la conspiración» a los criterios de lo verdadero y lo falso. Así, no solo no se acierta con el problema, sino que se acaba en un callejón sin salida. La veleidad de querer encontrar el criterio objetivo con que discernir y cribar no tiene más que efectos nocivos. El complotismo no puede medirse ni juzgarse o liquidarse. No es reducible a hipótesis teóricas, y por eso escapa a la dicotomía de verdad y falsedad. Por lo demás, la ausencia de pruebas se considera, a su vez, una prueba aplastante. Lo que para alguno es una fantasía complotista, para algún otro puede ser la acción de un complot más que real. Sería preferible hablar, en todo caso, de «relatos complotistas», a

medio camino entre la escritura de la historia y el desarrollo de la ficción. Se hace necesario, por lo tanto, abandonar toda manía definitoria para preguntarse por el fenómeno en su actual complejidad.